



El golpe sufrido por la primera impresión le había producido una tremenda desazón que, a medida que lo pensaba, iba dando paso a la furia. ¡Con lo buena que había sido con él! Le permitió quedarse en su casa sin pagar alquiler mientras él desinfectaba y remodelaba su casa, por no decir su madriguera. Y hasta le prestó dinero, y no poco, por cierto. Y también le avaló los préstamos solicitados con el mismo propósito. Había hecho mucho para apoyarlo, quizás para conservarlo; en definitiva, para ser su mujer. Hizo lo imposible por no repetir su vieja rutina, que consistía, esencialmente, en ahuyentar a los novios, uno tras otro, a fuerza de imponer sus firmes, por no decir tercas, opiniones. Cuánto había deseado que las cosas funcionaran esta vez... Había hecho un enorme esfuerzo y aquél era el pago que recibía. Una patada en el culo. Otra vez.

Al levantarse chocó contra el borde de la mesa de la cocina y pudo evitar en el último instante que la taza de café se derramara sobre el vestidito de lino blanco que se había puesto para ir a comer con Craig.

Decidió volver a casa temprano, después del congreso al que había asistido durante el fin de semana, con el exclusivo propósito de emperifollarse para tal cita. Se engañaba con la ilusión de que Craig estaba alterado, nervioso, simple y llanamente porque se proponía soltarle por fin, y ya era hora, el rollo del futuro de la relación entre los dos. Había llegado incluso hasta fantasear con una almibarada y tonta imagen, casi como una foto instantánea: Craig, tímida y nerviosamente, deslizándole una cajita con la alianza a la hora de los postres. Ella la abría y seguía una exclamación de sobrecogida dicha; violines in crescendo, ojos llenos de lágrimas. ¡Qué estupidez!

La ira ardió en su interior como cuando se arroja gasolina al fuego. Debía hacer algo definitivo, y en el acto. Por ejemplo, destrozarle el coche. Pero lo que tenía más a mano, allí, a la vista, era el tazón preferido de Craig, en el fregadero. Y encima, para mayor escarnio, con restos de carmín en el borde.

Mag agarró furiosa la taza y la arrojó contra la pared situada en el otro extremo de la cocina. La cerámica se hizo pedazos. El ruido del destrozo calmó algo sus emociones, pero ahora quedaban manchas de café por toda la pared de su cocina, para recordarle aquel glorioso instante por siempre jamás. Estupenda idea, Mag.

Refunfuñando, hurgó debajo del lavaplatos en busca de una bolsa de basura. Haría desaparecer de su casa todo rastro de ese maldito mentiroso.

Y empezó por el cuarto de huéspedes, que Craig había ocupado, o mejor dicho usurpado, para usarlo a modo de oficina. A la bolsa de basura fueron a parar un disco duro, un módem, un teclado y un ratón. La correspondencia, las revistas especializadas, los disquetes y archivos guardados en CD siguieron igual camino. Una caja sellada que la mujer encontró en el fondo de uno de los cajones del escritorio cayó con estrépito al fondo de la bolsa.

Decidida, arrastró la bolsa hasta el vestíbulo. Había sido una bobada empezar por lo más pesado, pero ya no había marcha atrás. Siguió parada: el armario del pasillo. Trajes caros, camisas de vestir, cinturones, corbatas, zapatos y mocasines. Ahora, al dormitorio, a los cajones que ella misma había vaciado para que guardara su ropa interior y otras cosas. La almohada hipoalérgica. El reloj despertador. El hilo dental especial. Con cada objeto que arrojaba a la basura, arreciaba la furia. Basura. Cerdo.

Listo. No quedaba más que tirar. Cerró la bolsa haciéndole un nudo.

Ahora pesaba tanto que ya no podía levantarla, de manera que la arrastró a empujones fuera de la casa y a través de la larga terraza. Siguió escalerillas abajo y luego llegó a la angosta y pedregosa playa del lago Parson. La plataforma de madera que conducía hasta su muelle flotante se movía peligrosamente a medida que arrastraba por ella el pesado lastre.

Finalmente, cuando llegó al borde del muelle, dio un último gruñido y empujó el bulto hasta hacerlo caer al agua. Glug, glug, glug. El fardo se hundió camino del fondo hasta perderse de vista, dejando tras de sí una estela de patéticas burbujas. Si quería recuperar sus cosas, Craig no tenía más que darse un gélido y tonificante chapuzón en pleno noviembre.

Ahora pudo respirar un poco mejor; pero sabía por experiencia propia que los saludables efectos que tiene un arrebató infantil y vengativo son de muy corta duración, enseguida se esfuman. Si no permanecía activa, si no hacía algo más, pronto volvería a sufrir los golpes de la furia interior. El trabajo era lo único que ahora podía salvarla. Buscó su bolso, se subió al coche y se dirigió a la oficina.

Dougie, el recepcionista, la vio cruzar como una tromba la doble puerta de cristal que daba entrada a Callahan Web Weaving.

—Espera un segundo... acaba de entrar por la puerta —dijo al teléfono el recepcionista y oprimió un botón—. ¿Mag? ¿Qué haces aquí? Pensé que no vendrías hasta la tarde, después de almorzar con...

—Cambio de planes —dijo Mag, muy resuelta—. Tengo mejores cosas que hacer.

Dougie no salía de su perplejidad.

—Tengo a Craig en la línea dos. No sabe por qué no has ido a la cita que teníais para comer. Y quiere hablar contigo. Dice que es urgente, que necesita hacerlo en cuanto sea posible. Cuestión de vida o muerte. Eso dice.

Mag entornó los ojos y respiró hondo mientras entraba a su oficina.

—¿Aparte de eso, qué hay de nuevo, Dougie? ¿No sabes ya que todo lo que le interesa a Craig siempre es cuestión de vida o muerte?

Dougie la siguió hasta la oficina:

—Pues la verdad es que no sé qué decirte, Mag, Craig parece de verdad muy consternado...

Pensándolo bien, quizás la ruptura tendría más altura, sería más digna y, sobre todo, más definitiva si ella, Mag, lo mandaba a freír espárragos de una vez por todas mirándolo directamente a los ojos. Podría, además, tirarle a la cara la bolsa con las bragas en el caso de que tuviera la desvergüenza de negarlo todo. Sí, eso sería más satisfactorio. Una dramática bajada del telón. Pensaba estas cosas cuando sonrió al azorado Dougie para tranquilizarlo.

—Dile a Craig que voy de camino y, a partir de hoy, no aceptes más llamadas suyas. Ni una. Ni siquiera anotes sus mensajes. En lo que a Craig Carusso respecta, de ahora en adelante yo estaré reunida hasta el día del juicio final. ¿Entendido?

Dougie parpadeó tras sus enormes gafas, que le daban cierto aire de búho:

—¿Mag, te encuentras bien?

Mag mantenía una feroz sonrisa. Su rostro casi parecía una máscara belicosa.

—Divinamente. Mejor no me puedo encontrar. Escucha, tengo que salir un momento. Será poco, y desde luego, sea lo que sea lo que tiene que decir, no me quedaré a comer con él, eso dalo por hecho.

—En ese caso, ¿quieres que te pida un almuerzo, mientras tanto? ¿Te apetece lo de siempre?

Mag titubeó, no sabía si en realidad tenía hambre, pero el pobre Dougie tenía tantas ganas de agradar que finalmente aceptó.

—Sí, eres muy amable —dijo Mag, dándole una palmadita en el hombro—. Eres un encanto. No te merezco.

—Bueno, pediré tarta de zanahoria y un café con leche doble descremado. Lo vas a necesitar —dijo Dougie, al tiempo que corría de vuelta a su recepción, donde el teléfono no había dejado de sonar.

Mag se miró en el espejo colocado junto al perchero de los abrigos, se aplicó un poco de pintalabios y procuró alborotar su cobriza y rizada melena para que no pareciera demasiado artificial. Un poco de informalidad resultaba más elegante. Después de todo, una tenía que estar atractiva en el momento de mandar a un parásito manipulador a que se pudriera en el infierno. Iba a ponerse rímel, pero lo pensó mejor y se abstuvo. Era de lágrima fácil; cuando estaba herida y cuando estaba furiosa... y en este momento tenía ambos sentimientos, de manera que pintarse los ojos era tentar a los dioses.

Alzó su bolso, percatándose, como siempre, de la incómoda presencia de la Beretta 9 milímetros que compartía espacio con la billetera, las llaves y el lápiz de labios. Era un regalo que le hizo Craig, después de que sufriera un atraco unos meses atrás. Un obsequio inútil, ya que jamás sería capaz de cargar el arma, y menos de usarla. Además no tenía licencia de armas. Craig había insistido en que la llevara dentro del bolso junto con un cargador extra. Ella le siguió la corriente, simplemente para mostrarse amable, dulce, agradecida y complaciente. Menuda idiota.

Si fuera una mujer distinta, haría que lamentase eternamente haberle hecho aquel regalito. Lo encañonaría, plantándole la pistola en las narices para darle un susto de muerte. Pero ese tipo de reacción no cuadraba con su estilo. Tampoco las armas eran lo suyo. Hoy mismo se la devolvería. La pistola era ile-

gal, la asustaba, pesaba mucho y era, además, el último objeto de Craig que le faltaba mandar al infierno.

Su relación con aquel hombre tenía que acabar como su ropa, en el fondo del lago.

Cuando llegó al lugar donde tenía aparcado su coche, gotas de sudor le rodaban por el pecho a causa del inusual calor otoñal. Sentía la piel ardiente y pegajosa y notaba la ropa arrugada. Estaba demasiado exaltada. La imagen de mujer irascible no era precisamente la que deseaba ofrecer en el último encuentro. Pretendía mostrarse como una mujer fría e indiferente, de manera que puso el aire acondicionado para eliminar el sofoco y la transpiración. Arrancó y se metió en el tráfico, tan congestionado y lento que tuvo demasiado tiempo para pensar en el doloroso patrón que repetía una y otra vez su vida sentimental.

Manipulada y abandonada por adorables cabrones. Siempre lo mismo. Ya tenía casi treinta años, por Dios. Ya tenía que haber superado esta tediosa y autodestructiva rutina de mierda. Ya era hora de caminar a su aire y ser feliz de una vez por todas.

Quizás debiera buscar a un jíbaro que le redujese el cerebro. O acudir a un psiquiatra que la ayudase a eliminar las facetas más molestas de su personalidad. La introspección, definitivamente, nunca había sido lo suyo.

Aparcó frente al recién remozado edificio que albergaba el nuevo estudio de Craig, y se preparó para ver a su asistente técnica salir a saludarla, como siempre, dando saltos de alegría y regocijo. Mandi, se llamaba. Seguramente era una de esas crías que dibujaba un corazón en lugar del punto sobre la i. Bajo el pelo largo y negro y tras los enormes ojos castaños no había nada, salvo aire. Una joya, la criatura.

Pero no salió ni se veía a nadie en el estudio. Qué raro. Quizá Craig y Mandi habían sufrido un súbito arrebató de pasión en la parte de atrás de la oficina. Mag apretó los dientes y se dispuso a entrar con paso firme. Los tacones repicaban sobre las baldosas del suelo. El silencio era tal que las agudas y secas pisadas resonaban más que nunca.

La puerta de la oficina de Craig estaba entreabierta. Mag procuró anunciarse haciendo más ruido con los tacones. «Vamos, nena, quema tus naves, es lo que mejor sabes hacer». Empujó la puerta, tomó aire y abrió la boca para iniciar el ataque...

Dio varios pasos atrás ahogando un grito. Soltó la bolsa de plástico que contenía las comprometedoras bragas.

Craig se mecía, colgado de las muñecas, atado a las tuberías del techo con una de sus propias corbatas. Estaba desnudo y sangraba por la nariz y la boca. En medio del horror, Mag captó detalles que se fijaron con extraordinaria claridad en su cabeza. Sobre todo la corbata, de seda, fuertemente ceñida a las muñecas. Era de color beige, con delicados destellos dorados. Una de sus favoritas.

Sus ojos inyectados de sangre se movieron al verla. Abrió la boca pero no emitió ruido alguno. Tenía el cuerpo cubierto de agujas finas, como pelos. Todo el cuerpo. Estaba lleno de ellas, acribillado.

Mag se lanzó hacia él soltando un grito, y en ese momento tropezó con algo que había en el suelo. Un par de piernas delgadas abiertas de par en par, con un zapato puesto y el otro no. Llevaban medias con ligüero. El trasero pálido, delgado, estaba al descubierto. Era Mandi quien yacía de esa manera, espantosamente inerte.

El rostro horrorizado de Mag se clavó en el de Craig. Con ojos desesperados, el hombre trató de señalarle que había algo a sus espaldas, a la izquierda. Mag se giró lentamente.

Antes de que pudiera ver nada, sufrió un agudo dolor, como si su nuca sufriera a la vez el ataque del fuego y el hielo. Creyó que la cabeza iba a explotarle. Luego todo se volvió negro y ya no sintió nada.

La sorpresa y el dolor dieron paso a la oscuridad más absoluta. El mundo se desvaneció.

\* \* \*

—Esa mujer tiene que morir, Faris.

La voz de Marcus, a través del teléfono móvil que Faris apretaba contra su oído, parecía revelar un ligero y confuso reproche, pero Faris conocía bien el acerado frío, la implacable crueldad que se ocultaba detrás de aquellas suaves maneras.

Faris contempló a la joven desnuda sobre la cama del hotel. El pelo cobrizo enmarañado sobre la almohada. El hombre acarició la curva de su vientre, el hueco del ombligo. Observó la piel suave, fina, traslúcida.

Su talento lo hacía merecedor del premio de semejante belleza. El amor de esa mujer llenaría por fin el dolor, el vacío que lo torturaba cuando no estaba entretenido con alguno de los trabajitos que Marcus le encargaba.

—No, Faris —susurró el hombre—. La idea era conseguir que pareciesen un asesinato y un suicidio. Tenías que recuperar lo que Carusso nos quitó, compadre, y no ignorar mis órdenes para después dedicarte a tus placeres.

—Pero si el resultado es prácticamente el mismo que quería —protestó Faris—. La novia celosa de Carusso entra por sorpresa, lo pillas en lo que a todas luces parecerá una sesión de sexo pervertido; así que la mujer dispara al tipo y a su amante con su propia pistola, que luego arroja en el vertedero más cercano, como la buena aficionada aterrorizada que es, y desaparece.

—Faris —empezó a decir Marcus con una suavidad que no auguraba nada bueno—, eso no fue lo que nosotros...

—Sé donde está el molde —le interrumpió Faris—. Puedo hacerme con él de inmediato. ¡Qué más da si la mujer desaparece o muere! Es la sospechosa más obvia. La policía no verá necesidad de hacer más averiguaciones. Déjalos que se esfuercen en vano buscándola. Jamás la encontrarán.

—Faris —Marcus usaba de nuevo el tono de reproche aparentemente suave—, ése no es el problema. Mi confianza es el problema. Invertí mucha energía y mucho dinero entrenándote. Te hice el mejor de los mejores, y ahora, como un niño consentido, ¿me dices que no quieres obedecer? Quizás vales menos de lo que creía.

Los dedos de Faris se detienen en el delicado vacío que se forma justo debajo de la caja torácica, donde los órganos vitales de la mujer apenas están protegidos por leve músculo liso y sedosa piel. Por lo general, la ira de Marcus podía afectar a Faris hasta provocarle arcadas e incluso vómitos, pero hoy, con su angelito pelirrojo al lado, no le afecta en absoluto. Ni siquiera le roza.

—Nunca te he pedido nada para mí —dice Faris con voz soñadora—. Siempre hago lo que me pides. Siempre.

Marcus suspira con impaciencia.

—No podemos poner en peligro nuestros planes por algo tan banal. Todas las mujeres son prescindibles, Faris, y nadie lo

sabe mejor que nosotros. Sé razonable. Luego, cuando hayamos acabado, te regalo diez como ésa. Cien, si quieres.

No. No había otra como ésta sobre la faz de la tierra. Su angelito pelirrojo. Ahora los dedos de Faris recorrían las caderas de la mujer.

—Me sorprende tu actitud. La señorita Callahan no vale más que como triste accesorio. Termina tu trabajo. Quiero escuchar la crónica del final trágico de la saga Carusso-Callahan en los telediaros de esta noche a las once en punto. Cualquier otro resultado es inaceptable. ¿Nos estamos entendiendo, Faris?

Faris desconectó su teléfono y se concentró en la joven. Aquella ordinaria sábana de material sintético no era digna de ella. Debía yacer sobre un altar de terciopelo rojo, cubierta con un paño de oro.

Le comprobó el pulso dejando los dedos sobre la tierna piel que cubría aquellas muñecas. Preparó una dosis de una droga que la mantendría inconsciente dos horas más y hundió con delicadeza la aguja en el brazo de la diosa.

Pensó que quizás sería mejor atarla a la cama, por si surgía algo que lo retrasara y despertaba antes de que llegara; pero no le gustaba la idea de iniciar su romance asustándola.

Quería ser delicado y tierno con ella. Quería comportarse con indulgencia. Dos horas era tiempo más que suficiente para recuperar el molde de Marcus. Bastaron unos pocos minutos de tratamiento con las agujas para que Carusso se mostrara muy comunicativo y confesara dónde lo había dejado.

Es más, de hecho, éste había sido un trabajito ridículamente fácil. Casi indigno de un tipo como él, Faris. Si todo salía bien, ni siquiera tendría necesidad de torturarla.

Y esperaba que así fuera. Faris era un mago del tormento, pero esta vez preferiría que ella lo amara. Si se veía obligado a torturarla, las cosas se complicarían muchísimo más. Las mujeres se ofenden fácilmente.

Faris merodeó alrededor de la cama más tiempo del necesario. Odiaba la idea de dejarla tan pronto, cuando por fin la tenía, la había encontrado. Buscó a tientas el colgante en forma de serpiente, símbolo de su orden, y luego levantó la cabeza a la mujer para colocárselo en el cuello, de manera que finalmente reposara entre sus dos perfectos pechos. Su bien máspreciado. Aca-

rició una vez más la piel suave, las sinuosas curvas. Así está bien. Mejor. Prueba tangible de su compromiso. El colgante la protegería hasta su regreso. Estaba perfecta.

La euforia lo mareó. Sentía una emoción tan fuerte que podía tolerar incluso la ira de Marcus. Abandonó la habitación imaginando la gratitud y la admiración con que la mujer lo recibiría cuando volviera y la despertara.

Después de todo, ella le debía la vida. Todos los momentos de su vida eran ahora suyos, de Faris. La mujer le daría las gracias cada vez que respirase.

Una sensual y detallada fantasía sobre las muchas maneras en que la mujer le expresaría su gratitud lo tenía absorto, cerca del éxtasis.